Verano/12

Santa Claus de los MEDANOS

(Por Rodrigo Fresán) No va a devolver el uniforme, no va a devolver el uniforme, no va a devolverlo. Que vengan a buscarlo ahora si lo quieren. Que lo persigan a lo largo y a lo ancho de los médanos de Canciones Tristes. Que lo acorralen junto al lugar donde se suicidan las olas y que se lo arranquen a dentelladas como si se tratara de una segunda piel.

Hace tiempo que quedó atrás el espejismo peligroso de las Navidades pero no importa; él no va a devolver el traje de Santa Claus porque el traje de Santa Claus es lo único que le queda, el último reflejo de vida civilizada en aquellos días donde –más por lástima que por necesidad– lo pusieron a transpirar en la puerta de la única juguetería de Canciones Tristes.

Rojo y barbado –poco queda ahora de la barba y la brillantez del color ha sido golpeada con fuerza por el sol del verano– supo ser feliz al ver que otros, no importa su edad, creían en su felicidad, creían por unos minutos en él.

Ahora, las noticias de quienes lo han visto corriendo por las dunas –lanzando risotadas sobre las parejas que esconden su amor y espantando a los niños que vuelven a ver qué ha quedado de sus castillos de arena con el avance de la marea– han revolucionado al pueblo.

Le han llegado rumores de que se están organizando partidas de caza, de que han traído perros de caza especialmente entrenados en las ruinas de Planicie Banderita y que, sí, ya se le adjudican a su figura en fuga todos los pequeños y grandes crímenes acontecidos en el lugar; que ya se lo culpa de las feroces insolaciones y de esas lluvias que duran tres días y que espantan a los turistas.

No le preocupa. El va a seguir corriendo por los médanos protegido por el escudo de su carcajada que ya ni siquiera le pesa en la garganta. Ahora la carcajada es como un nuevo reflejo de su cuerpo, una señal inequívoca, un grito de batalla demostrándole una y otra vez que está en lo cierto, que debe seguir y no darse por vencido. Que no debe devolver el traje de Santa Claus.

Ya ni siquiera le inquieta el cada vez más tibio recuerdo de su pasado o qué será de él en el futuro cuando llegue el invierno a Canciones Tristes y ya no sea tan sencillo alimentarse de aves y peces. No piensa en eso porque la felicidad de saberse perseguido es demasiado grande. La felicidad de ser temido y, sí, importante, lo desborda y lo cubre con la puntualidad de ciertras tormentas marinas.

Dejad que los verdugos vengan a mí y me atrapen y me conviertan en mártir, piensa. Santa Claus de los Médanos, vela por nosotros.

¡Felicidades!, le grita entonces a la luz de las antorchas. Cientos de antorchas, que vienen hacia él para participar de su fiesta y de su gloria.

• •

Por Martin Amis

No conforme con ser la cabeza más brillante y provocativa de la nueva literatura británica y haber escrito la que seguramente pasará como una de las novelas más importantes del fin de siglo y de milenio –"Campos de Londres"–, e[l] inglés Martin Amis recientemente ha reunido po[r] segunda vez lo mejor de sus piezas periodísticas bajo e[l] título de "Visiting Mrs. Nabokov and Other Excursions". De este flamante volumen sale el breve ensayo que planea estas páginas. Ideal para no lee[r] antes o durante el vuelo. Perfecto para disfrutar una vez que se ha besado tierra y las nubes vuelven a estar ah[í] arriba, bien lejos.

ATERR

Cuando se trata de viajar en avión, soy un pasajero nervioso, pero también un tranquilo bebedor y un gran traga-valium. Y aunque en aquella ocasión no me dediqué a hacer el ganso con las azafatas, ni a cantar "Viva España" (era un vuelo de la British Airways con destino a Málaga), sí que estaba con un humor vacacional. De hecho, iba a pedir mi segundo cóctel antes del almuerzo –tras haber tomado unos tres o cuatro en el aeropuerto–, cuando noté que sucedía algo extraño.

La rubia, muy acalorada, empezó de pronto a retirar la media docena de bandejas que acababa de servir, y me dijo que el servicio de bar quedaba cerrado desde ese momento. Por toda respuesta a mis ansiosas preguntas me explicó que el servicio de bar no tardaría en abrirse otra vez. Todavía estaba yo lanzando quejas entre dientes cuando sonó por megafonía la voz del comandante. "Tal como probablemente habrán notado –empezó (yo, desde luego, no me había dado cuenta de nada)–, hemos realizado un giro de ciento ochenta grados y volvemos a Gatwick por razones técnicas."

En efecto, el sol había cambiado de sitio y volábamos hacia el norte, sobre Francia, en dirección al Canal de la Mancha. Me resigné despreocupadamente a afrontar la consiguiente retahíla de frustraciones: las seis horas de espera, la naranjada gratis, el vale de la comida. Vi que las azafatas habían comenzado a registrar meticulosamente los compartimientos del equipaje. ¡Ah! Una amenaza de bomba. En cualquier caso, a mí la bomba no me supuso ninguna amenaza.

Volvió a sonar la voz del comandante. En tono de aburrimiento comentó la situación de "alerta", para decir luego, ya con mayor apremio, que, debido al factor tiempo, se había considerado necesario un aterrizaje de emergencia en Dinard. Llegados a ese punto, y todavía con una vaga sensación de "a mí qué más me da", me tomé la segunda mitad de un Valium 5, trasegándola con un sorbo del whisky que había comprado en el *dutyfree*. Ofrecí la botella a la chica que iba junto a la ventanilla, cuyo palpable nerviosismo traté de minimizar quitándole importancia al incidente. La botella me fue arrebatada de las manos por la azafata, que la depositó severamente en su correspondiente bolsa amarilla. Enseguida comenzamos a descender sobre Dinard, pero no a la velocidad moderada, ni con la suavidad habituales de un aterrizaje normal, sino casi en picado, a velocidad de vértigo. "Por favor, pongan sus asientos en posición vertical. Apoyen la frente contra el respaldo del asiento que tienen delante de ustedes. Habrá bastantes baches y sacudidas. No se alarmen al notar que los motores entran en reversión. Dejen a bordo todo su equipaje de mano. Diríjanse con rapidez a las salidas de emergencia y deslícense por las rampas. Una vez en tierra, no paren de correr."

Por vez primera en mi vida eché un vistazo al simpático folleto que explica las medidas de seguridad. Y me acuclillé, dispuesto a pasar como fuera aquellos segundos finales. Pensé en mi mujer y en mi hijo, que sólo tenía ocho meses, con los cuales tenía previsto reunirme gracias a aquel vuelo. Diez días antes los había acompañado a Gatwick; era precisamente veinticuatro horas después de que aquel Jumbo de Air India reventara en pedazos sobre el mar, al sudoeste de Irlanda. La aprensión que sentí aquel día en el edificio de Salidas Internacionales fue infinitamente más intensa que todo lo que sentí mientras s[e]

No conforme con ser la cabeza más brillante y provocativa de la nueva literatura británica y haber escrito la que seguramente pasará como una de las novelas más importantes del fin de siglo y de milenio –"Campos de Londres"–, el inglés Martin Amis recientemente ha reunido por segunda vez lo mejor de sus piezas periodísticas bajo el título de "Visiting Mrs. Nabokov and Other Excursions". De este flamante volumen sale el breve ensayo que planea estas páginas. Ideal para no leer antes o durante el vuelo. Perfecto para disfrutar una vez que se ha besado tierra y las nubes vuelven a estar ahí arriba, bien lejos.

ATERRIZAJE DE EMERGENCIA

Por Martin Amis

Cuando se trata de viajar en avión, soy un pasajero nervioso, pero también un tranquilo bebedor y un gran traga-valium. Y aunque en aquella ocasión no me dediqué a hacer el ganso con las azafatas, ni a cantar "Viva España" (era un vuelo de la British Airways con destino a Málaga), sí que estaba con un humor vacacional. De hecho, iba a pedir mi segundo cóctel antes del almuerzo –tras haber tomado unos tres o cuatro en el aeropuerto–, cuando noté que sucedía algo extraño.

La rubia, muy acalorada, empezó de pronto a retirar la media docena de bandejas que acababa de servir, y me dijo que el servicio de bar quedaba cerrado desde ese momento. Por toda respuesta a mis ansiosas preguntas me explicó que el servicio de bar no tardaría en abrirse otra vez. Todavía estaba yo lanzando quejas entre dientes cuando sonó por megafonía la voz del comandante. "Tal como probablemente habrán notado –empezó (yo, desde luego, no me había dado cuenta de nada)–, hemos realizado un giro de ciento ochenta grados y volvemos a Gatwick por razones técnicas."

En efecto, el sol había cambiado de sitio y volábamos hacia el norte, sobre Francia, en dirección al Canal de la Mancha. Me resigné despreocupadamente a afrontar la consiguiente retahíla de frustraciones: las seis horas de espera, la naranjada gratis, el vale de la comida. Vi que las azafatas habían comenzado a registrar meticulosamente los compartimientos del equipaje. ¡Ah! Una amenaza de bomba. En cualquier caso, a mí la bomba no me supuso ninguna amenaza.

Volvió a sonar la voz del comandante. En tono de aburrimiento comentó la situación de "alerta", para decir luego, ya con mayor apremio, que, debido al factor tiempo, se había considerado necesario un aterrizaje de emergencia en Dinard. Llegados a ese punto, y todavía con una vaga sensación de "a mí qué más me da", me tomé la segunda mitad de un Valium 5, trasegándola con un sorbo del whisky que había comprado en el *dutyfree*. Ofrecí la botella a la chica que iba junto a la ventanilla, cuyo palpable nerviosismo traté de minimizar quitándole importancia al incidente. La botella me fue arrebatada de las manos por la azafata, que la depositó severamente en su correspondiente bolsa amarilla. Enseguida comenzamos a descender sobre Dinard, pero no a la velocidad moderada, ni con la suavidad habituales de un aterrizaje normal, sino casi en picado, a velocidad de vértigo. "Por favor, pongan sus asientos en posición vertical. Apoyen la frente contra el respaldo del asiento que tienen delante de ustedes. Habrá bastantes baches y sacudidas. No se alarmen al notar que los motores entran en reversión. Dejen a bordo todo su equipaje de mano. Diríjanse con rapidez a las salidas de emergencia y deslícense por las rampas. Una vez en tierra, no paren de correr."

Por vez primera en mi vida eché un vistazo al simpático folleto que explica las medidas de seguridad. Y me acuclillé, dispuesto a pasar como fuera aquellos segundos finales. Pensé en mi mujer y en mi hijo, que sólo tenía ocho meses, con los cuales tenía previsto reunirme gracias a aquel vuelo. Diez días antes los había acompañado a Gatwick; era precisamente veinticuatro horas después de que aquel Jumbo de Air India reventara en pedazos sobre el mar, al sudoeste de Irlanda. La aprensión que sentí aquel día en el edificio de Salidas Internacionales fue infinitamente más intensa que todo lo que sentí mientras se precipitaba mi avión. Lo que sentí en esos momentos fue, más que nada, alivio al pensar que mi mujer y mi hijo no estaban conmigo. De no haber sido así, todo habría sido diferente. Para empezar, no hubiese estado borracho. Me coloqué el maletín sobre el regazo (no llevaba saco) y esperé.

El 737 tomó tierra como cae una piedra, como una bomba. La reversión de los motores se produjo con una violencia tan sobrenatural que fue como si la cola del aparato se levantase, como si aquello fuese a volcar. En medio de aquella súbita y extraña turbonada de gravedad e inercia, mi maletín salió despedido y resbaló por el pasillo hasta quedar frenado cuatro o cinco filas más allá. El avión pareció repentinamente vaciado de toda su velocidad; empezaron a chasquear los cinturones de seguridad y al punto se formó una apretada cola en el pasillo.

Mi preocupación primordial en aquellos momentos era, claro está, localizar mi maletín. Apalancado en aquellos tres asientos libres, disfruté de un sitio privilegiado desde el que observar la fuga de todos los pasajeros hacia la cola del avión. Mientras esperaban las órdenes de las azafatas (tenían que abrirse las puertas, tenían que inflarse las rampas), los pasajeros se empujaban mutuamente; al frente había cuatro o cinco mujeres, tal vez las que iban con sus niños. Físicamente no daban indicios de hallarse más agitadas que, digamos, una persona absolutamente desesperada por encontrar un baño. En aquellos segundos recuerdo haber oído pronunciar una sola palabra, repetida muchas veces: "Por favor... ¡oh!, por favor...". Las azafatas no tardaron en hacer avanzar a los pasajeros. Esperé. Luego, entre gruñidos y blasfemias, busqué a cuatro patas mi maletín y luego las tarjetas de crédito, que se habían esparcido por efecto de la fuerza de la gravedad.

Por fin me aproximé a la salida de emergencia. "Siéntese y tírese", me dijo la azafata. Esos colchones alargados son en el fondo mucho menos estables de lo que parecen, pero me tiré a ciegas y, pie a tierra, me alejé al trote del aparato que se había detenido al final mismo de la pista, derrapando en ángulo de noventa grados. A cinco metros del morro nacía un campo en barbecho.

A mi alrededor había comenzado la representación del drama desorganizado que invariablemente se produce tras cualquier crisis colectiva. Sólo se me ocurre decir que era una escena muy descoyuntada, punteada por visiones y ruidos que de alguna forma no llegaban a coordinarse. Un hombre había caído de rodillas sobre la hierba, se había llevado ambas manos al corazón y gemía de manera más que audible. Una chica que parecía haberse torcido el tobillo se alejaba en una pata, con ayuda de otra persona, en pos de la seguridad. Ajetreadas, las azafatas ofrecían su consuelo allí donde más parecía necesitarse. Yo por mi parte –sin duda en un conspicuo alarde de aplomo– intenté consolar a una mujer que lloraba sin parar. El aire estaba erizado, exultante, de llantos muy diversos. Los guardias de seguridad, franceses, pastorearon al rebaño de pasajeros en dirección a la terminal del aeropuerto. Después de una conmoción de esta naturaleza (según supe más tarde), el cuerpo necesita ingerir una considerable dosis de té con azúcar. Sin embargo, las bebidas se habían quedado a bordo del aparato de la British Airways, y los pasajeros se decantaron por una fuerte dosis de coñac que (según supe más tarde) es precisamente lo que menos falta le hace al cuerpo en esos momentos.

Opté por una solución de compromiso y bebí whisky en abundancia, conservando un envidiable estado de ánimo a lo largo de las cinco horas que duró la espera. El anochecer resultó un magnífico ejercicio que puso a prueba la resistencia máxima de nuestro *esprit de corps*; los pasajeros se dividieron de forma informal y espontánea en dos grupos: los que decían una y otra vez: "Nunca había pasado tanto miedo" y los que optaban por "¿En serio crees que ha sido grave? Esto no ha sido nada. Déjame contarte lo de una vez que..." Mi actitud resultó, supongo, poco común. Yo no había pasado miedo, pero sabía perfectamente que el miedo hubiese sido la sensación más apropiada.

Bien, todos los escritores mantienen en secreto una actitud vampirizadora en relación con los desastres; y, habiendo sobrevivido, sentí un agradecimiento sin reservas por haber disfrutado de una experiencia así. Allí estaba yo, no en Gatwick, sino en Dinard, gozando de una buena cena gratis y de un agradable ambiente de camaradería. Y cuando me metí en la cama a las cinco de la mañana –hubo que sustituir el avión por otro (el original fue sometido a un registro a fondo, que resultó infructuoso), hubo que identificar las maletas sobre el asfalto de la pista, y por fin hicimos el resto del viaje sin mayor incidencia–, me sentí como un héroe al regreso de su aventura, como un hombre que ha pasado por una durísima prueba sin un rasguño.

Me equivocaba. Durante los días siguientes, aunque de puertas afuera me mostrase animado, estuve convencido de estar muriéndome, por causas naturales, claro. Una serie de extraños cosquilleos y estremecimientos me recorrían el cuerpo de pies a cabeza. Durante aquellas trágicas siestas permanecí tumbado, tembloroso, en un continuo hervor, como si me hubiesen instalado una estación de tranvías o unos altos hornos debajo de la cama. Observaba el mundo por entre velos de desamparo. Y no era resaca. Era la edad.

Mi mujer sugirió que tal vez estuviese bajo los efectos de un shock aplazado, y reconozco que no me pareció una hipótesis desencaminada. Aunque mi propio diagnóstico secreto fue tumor celebral, seguía albergando serias reticencias a la hora de identificar la enfermedad como consecuencia de un incidente que tan escasas molestias me había producido cuando ocurrió. Mi cuerpo, sin embargo, seguía empeñado en insistir sobre lo mismo. Los bromistas y demás agentes del ramo del terrorismo se alegrarán de saber que, llegado el momento del miedo, no hay nada como un buen almuerzo o una cena gratis.

Todo esto, pues, por lo que atañe a mi valor en los campos de Dinard. He salido del incidente revestido con una nueva experiencia, aunque no tuviese mayor mérito. Fui valiente como un caballero, valiente como un tritón. Aunque en aquellos momentos estuviese químicamente bloqueado, el miedo –un miedo que no había sido en absoluto escaso–, se limitó a buscarse una madriguera y esperar. Me fui del restaurante sin pagar la factura. Los contables del cuerpo anotaron el gasto en su libro mayor, cargándoles el interés correspondiente. Y durante una semana entera no pude perder de vista aquella cuenta.

RIZAJE DE EMERGENCIA

precipitaba mi avión. Lo que sentí en esos momentos fue, más que nada, alivio al pensar que mi mujer y mi hijo no estaban conmigo. De no haber sido así, todo habría sido diferente. Para empezar, no hubiese estado borracho. Me coloqué el maletín sobre el regazo (no llevaba saco) y esperé.

El 737 tomó tierra como cae una piedra, como una bomba. La reversión de los motores se produjo con una violencia tan sobrenatural que fue como si la cola del aparato se levantase, como si aquello fuese a volcar. En medio de aquella súbita y extraña turbonada de gravedad e inercia, mi maletín salió despedido y resbaló por el pasillo hasta quedar frenado cuatro o cinco filas más allá. El avión pareció repentinamente vaciado de toda su velocidad; empezaron a chasquear los cinturones de seguridad y al punto se formó una apretada cola en el pasillo.

Mi preocupación primordial en aquellos momentos era, claro está, localizar mi maletín. Apalancado en aquellos tres asientos libres, disfruté de un sitio privilegiado desde el que observar la fuga de todos los pasajeros hacia la cola del avión. Mientras esperaban las órdenes de las azafatas (tenían que abrirse las puertas, tenían que inflarse las rampas), los pasajeros se empujaban mutuamente; al frente había cuatro o cinco mujeres, tal vez las que iban con sus niños. Físicamente no daban indicios de hallarse más agitadas que, digamos, una persona absolutamente desesperada por encontrar un baño. En aquellos segundos recuerdo haber oído pronunciar una sola palabra, repetida muchas veces: "Por favor... ¡oh!, por favor...". Las azafatas no tardaron en hacer avanzar a los pasajeros. Esperé. Luego, entre gruñidos y blasfemias, busqué a cuatro patas mi maletín y luego las tarjetas de crédito, que se habían esparcido por efecto de la fuerza de la gravedad.

Por fin me aproximé a la salida de emergencia. "Siéntese y tírese", me dijo la azafata. Esos colchones alargados son en el fondo mucho menos estables de lo que parecen, pero me tiré a ciegas y, pie a tierra, me alejé al trote del aparato que se había detenido al final mismo de la pista, derrapando en ángulo de noventa grados. A cinco metros del morro nacía un campo en barbecho.

A mi alrededor había comenzado la representación del drama desorganizado que invariablemente se produce tras cualquier crisis colectiva. Sólo se me ocurre decir que era una escena muy descoyuntada, punteada por visiones y ruidos que de alguna forma no llegaban a coordinarse. Un hombre había caído de rodillas sobre la hierba, se había llevado ambas manos al corazón y gemía de manera más que audible. Una chica que parecía haberse torcido el tobillo se alejaba en una pata, con ayuda de otra persona, en pos de la seguridad. Ajetreadas, las azafatas ofrecían su consuelo allí donde más parecía necesitarse. Yo por mi parte –sin duda en un conspicuo alarde de aplomo– intenté consolar a una mujer que lloraba sin parar. El aire estaba erizado, exultante, de llantos muy diversos. Los guardias de seguridad, franceses, pastorearon al rebaño de pasajeros en dirección a la terminal del aeropuerto. Después de una conmoción de esta naturaleza (según supe más tarde), el cuerpo necesita ingerir una considerable dosis de té con azúcar. Sin embargo, las bebidas se habían quedado a bordo del aparato de la British Airways, y los pasajeros se decantaron por una fuerte dosis de coñac que (según supe más tarde) es precisamente lo que menos falta le hace al cuerpo en esos momentos.

Opté por una solución de compromiso y bebí whisky en abundancia, conservando un envidiable estado de ánimo a lo largo de las cinco horas que duró la espera. El anochecer resultó un magnífico ejercicio que puso a prueba la resistencia máxima de nuestro *esprit de corps*; los pasajeros se dividieron de forma informal y espontánea en dos grupos: los que decían una y otra vez: "Nunca había pasado tanto miedo" y los que optaban por "¿En serio crees que ha sido grave? Esto no ha sido nada. Déjame contarte lo de una vez que..." Mi actitud resultó, supongo, poco común. Yo no había pasado miedo, pero sabía perfectamente que el miedo hubiese sido la sensación más apropiada.

Bien, todos los escritores mantienen en secreto una actitud vampirizadora en relación con los desastres; y, habiendo sobrevivido, sentí un agradecimiento sin reservas por haber disfrutado de una experiencia así. Allí estaba yo, no en Gatwick, sino en Dinard, gozando de una buena cena gratis y de un agradable ambiente de camaradería. Y cuando me metí en la cama a las cinco de la mañana –hubo que sustituir el avión por otro (el original fue sometido a un registro a fondo, que resultó infructuoso), hubo que identificar las maletas sobre el asfalto de la pista, y por fin hicimos el resto del viaje sin mayor incidencia–, me sentí como un héroe al regreso de su aventura, como un hombre que ha pasado por una durísima prueba sin un rasguño.

Me equivocaba. Durante los días siguientes, aunque de puertas afuera me mostrase animado, estuve convencido de estar muriéndome, por causas naturales, claro. Una serie de extraños cosquilleos y estremecimientos me recorrían el cuerpo de pies a cabeza. Durante aquellas trágicas siestas permanecí tumbado, tembloroso, en un continuo hervor, como si me hubiesen instalado una estación de tranvías o unos altos hornos debajo de la cama. Observaba el mundo por entre velos de desamparo. Y no era resaca. Era la edad.

Mi mujer sugirió que tal vez estuviese bajo los efectos de un shock aplazado, y reconozco que no me pareció una hipótesis desencaminada. Aunque mi propio diagnóstico secreto fue tumor celebral, seguía albergando serias reticencias a la hora de identificar la enfermedad como consecuencia de un incidente que tan escasas molestias me había producido cuando ocurrió. Mi cuerpo, sin embargo, seguía empeñado en insistir sobre lo mismo. Los bromistas y demás agentes del ramo del terrorismo se alegrarán de saber que, llegado el momento del miedo, no hay nada como un buen almuerzo o una cena gratis.

Todo esto, pues, por lo que atañe a mi valor en los campos de Dinard. He salido del incidente revestido con una nueva experiencia, aunque no tuviese mayor mérito. Fui valiente como un caballero, valiente como un tritón. Aunque en aquellos momentos estuviese químicamente bloqueado, el miedo –un miedo que no había sido en absoluto escaso–, se limitó a buscarse una madriguera y esperar. Me fui del restaurante sin pagar la factura. Los contables del cuerpo anotaron el gasto en su libro mayor, cargándoles el interés correspondiente. Y durante una semana entera no pude perder de vista aquella cuenta.

Verano/12

REVELE SUS FOTOS EN
CUORE
FOTOCOLOR EN MINUTOS
Y PLANTE UN ARBOL CON IDEA EN MAR DEL PLATA

MUSICA

San Bernardo
• Yabor, en el Teatro del Sol, Chioza 2047. Esta noche después de las 0.30, desde Uruguay, candombe y merengue, entrada 10 pesos.
• Sergio Denis en el Arenas 2, Chioza 1774. Esta noche a las 22.30.
• Ignacio Copani, en el LYF, Chioza y Esquiú. Esta noche a las 23.
• Oscar Kreimer, saxofonista. Jueves, viernes, sábados y domingos en el Riviera Bar, Chioza 1820. Despúes de la 1 de la madrugada.

San Clemente del Tuyú
• Los Chalchaleros, en el Teatro de la Galería San Jorge, Calles 3 y 1. Todos los miércoles de febrero a las 22.30.

Santa Teresita
• Diego Torres en el Atlántico, 41 número 258. Esta noche a las 22.30.

TEATRO

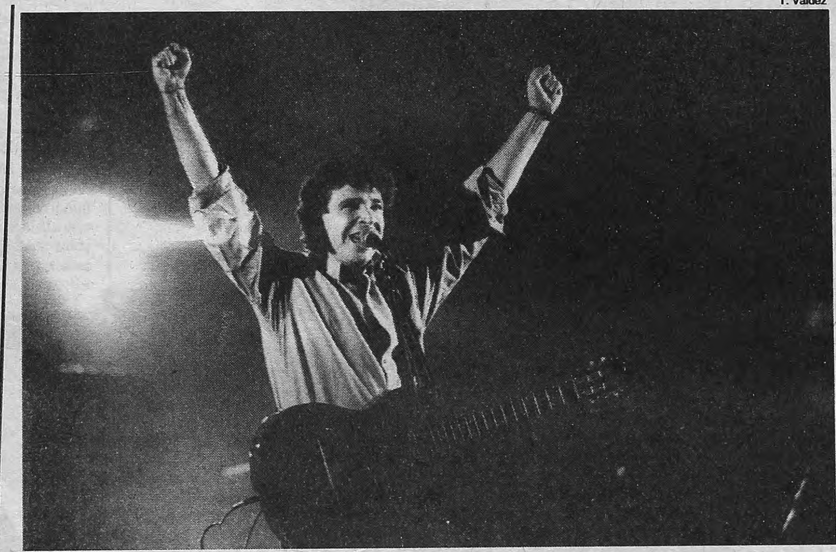
San Clemente
• *Cuando florece el corazón*, de Alexei Arbuzof, dirigida por Carlos Luzietti. Actúan María Concepción César y Enrique Liporace. En el Teatro de la Galería San Jorge, Calles 3 y 1. Todos los martes y viernes de febrero.
• *El último varón*, de Jorge Bellizzi. Con Darío Víttori y Cristina del Valle. Comedia en el Embassy, Calle 19 número 55. Este domingo a las 22.

Santa Teresita
• *Trans-Frappé*, espectáculo de imitadores y transformistas, hombres y mujeres en escena. Teatro Amarcord, calle 2 entre 37 y 38. El lunes a las 24.
• *Deschave de matrimonios*, de Zuhair Jury, dirigida por Edgardo Cané. Comedia con la actuación de Tincho Zabala y Beatriz Taibo. En el Teatro Amarcord, calle 2 entre 37 y 38. Todos los martes y viernes de febrero a las 22. Entrada 15 pesos.
• *Toco y me voy*, de Jorge Mazzini, dirige y actúa Fabián Gianola. Comedia, una periodista y un jugador de fútbol, con Adriana Salgueiro y Fernanda Callejón. Teatro Amarcord, calle 2 entre 37 y 38. Todos los miércoles, jueves y domingos de febrero a las 22.
• *El último varón*, comedia de Jorge Bellizzi. Con la actuación de Darío Víttori y Cristina del Valle. En el Atlántico, 41, número 258, todos los viernes a las 22.30.

San Bernardo
• *Azul profundo*, musical de Peter Shanley, dirigido por Leandro Amigo. Con Alberto Piñeiro y Berta Epelbaum. Todos los lunes y martes de febrero a las 22.30 en el Teatro Del Sol, Chioza 2047.
• *Toco y me voy*, de Jorge Mazzini, dirige y actúa Fabián Gianola. Comedia, una periodista y un jugador de fútbol, con Adriana Salgueiro y Fernanda Callejón. Todos los viernes y sábados a las 22 y los domingos a las 24, en el Teatro del Sol, Chioza 2047.
• *El último varón*, comedia de Jorge Bellizzi. Actúan Darío Víttori y Cristina del Valle. En el Arenas 2, Chioza 1774, todos los sábados de febrero a las 22.30.
• *El año que viene a la misma hora*, de Neil Simon. Con R. Bebán y Adriana Castro. En el Teatro LYF, Chioza y Andrade, el domingo a las 22.

Mar de Ajó
• *El último varón*, comedia de Jorge Bellizzi. Con Darío Víttori y Cristina del Valle y María Alexandra. En el Gran Rex, Yrigoyen 260, todos los martes de febrero a las 22.30.
• *El señor del baño*, con Rudy Chernicoff. Humor, monólogos de actualidad. Todos los jueves de febrero en el Hotel Silvio, Av. Costanera esq. Solís a las 22.30.
• *La lección de anatomía*, de Carlos Mathus. Clásico, 22 años de éxito ininterrumpido, en el Teatro Casino Playa, Yrigoyen y Espora. Mañana a la 24.

T. Valdez



Ignacio Copani en San Bernardo.



BALLET

San Bernardo
• Lilia Sabitova, primera bailarina del Teatro Estatal de Rusia. Mañana a las 22 en el LYF, Chioza y Esquiú.

PASEOS

San Clemente del Tuyú
• Mundo Marino, el oceanario más grande de Sudamérica. Doce piletas en la que viven en estado seminatural más de 40 mamíferos marinos (orcas, delfines, lobos, etcétera). Hay 80 especies de aves, peces y animales típicos de la fauna costera.
• Estación Ecológica Punta Rasa. En el extremo sur de la Bahía de San Borombón y el norte de Cabo San Antonio, donde se confunden el río y el mar. Allí recalan miles de aves del hemisferio norte –choslas, gaviotas, etc.– que van a alimentarse con los cangrejos. El lugar es conocido como el "Paraíso de la corvina negra" porque embarcándose o desde la misma costa se pueden obtener ejemplares de más de 20 kilos.
• Faro San Antonio. Desde San Clemente camino a Punta Rasa, a 9 km de la ciudad se eleva el Faro San Antonio, construido en 1890. Posee una altura de 63,17 y 298 escalones, su alcance luminoso es de 42 millas marinas (77 km). Se considera que este faro posee uno de los mejores miradores del país.

Las Toninas
• Barco hundido, embarcación de bandera inglesa, con casco de hierro que se quedó en posición paralela a la costa en 1883, a 13 km del Cabo San Antonio. Fue construido en Canadá en 1865, pueden verse restos de cubierta.
• Cementerio de caracoles, cerca del barco hundido y en todas las playas de Las Toninas, una corriente marina deposita especies raras en caracoles para coleccionar.

Costa del Este
• El Cristo y la Magdalena, monumento único en Sudamérica esculpido en una sola pieza de mármol de Carrara de 5 metros de altura. Raúl Podestá la ejecutó en 1944, después de 6 años de trabajo. Por el boulevard de acceso a Costa del Este.

DEPORTES Y JUEGOS DE PLAYA

Desde el próximo martes y jueves de febrero juegos participativos "Alba-Magic", pintura, color para grandes y chicos en el balneario First y otros paradores de San Bernardo y de San Clemente del Tuyú.
• Torneo de Golf a 36 hoyos en el Santa Teresita Golf Club. Desde las 9 de la mañana todas las categorías. Mañana y el domingo.
• Maratón "Por una vida sana"; 42 km, nivel nacional abierto y aeróbica en San Bernardo. Desde las 10 de la mañana, mañana sábado.
• Torneo Nacional de Artes Marciales "Copa Municipalidad de la Costa". Individual y por equipos en el Club Social Mar de Ajó a partir de las 10.
• Competencias náuticas en Tapera de López, San Clemente del Tuyú. Todos los viernes, sábados y domingos.

PIBES

San Clemente
• *Teatro Negro*, obra infantil con marionetas gigantes. Esta noche a las 21, mañana y el domingo a la misma hora en el Vivero Municipal Cosme Argerich. Av. 3 número 3700.

San Bernardo
• *Corazolandia*, de Mariano Gatti y Alicia Falcón, con la dirección de Alicia Falcón. Espectáculo dirigido a los bajitos que trata sobre la defensa de la ecología y el medio ambiente. Mañana y el domingo a las 20, en el Teatro del Sol, Chioza 2047.
• El Parque de los Dinosaurios. Los chicos pueden ver un documental, conocer un triceratops por dentro, mirar un tiranosaurio-rex. En Chioza entre Mensajerías y De la Reducción. Todos los días desde las 17 hasta las 2.

Mar de Ajó
• *Te regalo un cuento*, de Rubén Spinacci, show musical infantil. Canciones con Pablo Gancedo y Laura Sercha. En el Teatro Escuela Bellas Artes, Yrigoyen 20. Todos los días 2 funciones a las 21 y a las 22.